

---

## ¿ES POSIBLE ALGO ASÍ COMO UNA «CIENCIA DEMOCRÁTICA»?

JAVIER CORREA ROMÁN

Es probable que la pregunta que *Ludus Vitalis* lanzó hace unos meses con motivo de este foro —a saber, qué papel debe jugar el Estado en la generación de conocimientos relevantes para la sociedad— sea una de las preguntas más interesantes para abordar hoy en día. No sólo porque se encuadra dentro de toda una tradición que, fruto de la sociología del conocimiento —desde Mannheim a Bloor— se ha esforzado en mostrar la ciencia no sólo como teoría del conocimiento, sino como una *práctica social*; además porque en el contexto actual —de crisis sanitaria y de crisis política— es en esa pregunta donde confluyen ambas crisis. Frente a los intentos de unos (Žižek, 2020) de pensar la realidad actual de forma rápida e individual, abordarla con la lentitud que requiere y de forma colectiva en este foro puede ser tremendamente fértil.

En primer lugar, y como primer abordaje a la pregunta, deberíamos preguntarnos si acaso puede haber ciencia sin intervención estatal y sólo en caso negativo abordar justamente el papel del Estado. ¿Puede haber ciencia sin intervención del Estado? Si entendemos la ciencia no como método científico moderno sino como la práctica humana cuyo fin es la creación de conocimiento, entonces negarlo tajantemente sería un desconocimiento histórico porque debemos admitir que ciencia ha habido durante miles de años, mientras que el Estado es un fenómeno relativamente moderno. Si ha habido, ¿por qué no puede volver a haber? Pero no se trata, creo yo, de pensar si puede haber ciencia sin Estado en general, *en abstracto* (con la carga ideológica que esto conlleva), sino si puede haber ciencia sin Estado *al día de hoy*, esto es, con las condiciones económicas y sociales actuales. Esto parece algo más complejo. ¿Puede en nuestro mundo actual hacerse ciencia sin la “ayuda” del Estado?

Frente a la idea liberal de que puede (iy quizá incluso deba!) haber ciencia sin Estado opondré dos objeciones. La primera es que la ciencia requiere de tiempo —cada vez más— tanto para su producción como para su divulgación/recepción. Con las condiciones económicas actuales, es imposible plantar un árbol tan robusto como es el de la ciencia en las arenas movedizas de la precariedad. Necesitamos —especialmente los jóvenes—

---

Doctorando en la Universidad Autónoma de Madrid, España. / jcorrearoman@gmail.com

cada vez más trabajar (aun más) para vivir (peor), y en el intersticio de esta polaridad que amenaza con ser inhabitable es imposible dedicarse a la libre producción de conocimiento para la sociedad. En otras palabras, la ciencia no puede ser hoy un *hobby* como alguna historiografía rancia se empeña en hacernos creer que así fue antaño (alguien era cervecero por las mañanas y matemático por las noches), sino que sólo puede concebirse bajo la forma de un trabajo asalariado para poder dedicarle el tiempo (mínimo) que requiere. Alguien tiene que pagar y esto nos lleva al segundo punto.

La segunda objeción a una ciencia actual sin intervención estatal es que, debido al estado actual de muchas ciencias naturales, el desempeño científico requiere de unas cantidades de dinero tales que casi ningún individuo podría sufragar sus propias investigaciones, y sólo unas pocas empresas/estados pueden financiarlas. Inclinarnos por el libre mercado en la dupla empresa/Estado introduce como causa final del quehacer científico a la rentabilidad para desplazar, así, tanto su carácter social como su carácter autotélico: descubrir la verdad por mor de ella misma sin buscar ningún beneficio o sin ninguna intención oculta. Este desplazamiento, la preminencia de esta apuesta empresarial, es en nuestros días la que hace más pertinente el nombre de *tecnosociedad* que de *sociedades científicas* en cuanto al nombre de nuestra cultura se refiere.

Se necesita Estado si queremos mantener el fin social y autotélico de las ciencias, aunque aquel no es la panacea sino que con él también surgen problemas: no está del todo claro que el Estado no busque rentabilidad aunque esta no sea económica (capital social, capital cultural, especialización en el mercado internacional, etc.). Además, ligado con lo anterior, las financiaciones del Estado no son libres, sino que son dadas por algún motivo, con base en ciertos criterios. Esto, en principio, no debería ser un problema porque, si somos realistas, nunca se puede estudiar *todo* sino que siempre hay que elegir entre varias líneas de investigación. ¿Cómo podríamos entonces seleccionar las líneas de investigación para tener algo así como una «ciencia democrática»? Podríamos pensar con la teoría crítica, modernos nosotros que fuimos un día, que entre los distintos fines de la ciencia el más deseable es aquel que persigue la emancipación del ser humano (frente al dominio de la naturaleza, el beneficio empresarial o cualquier otro). El brete surge al intentar definir qué es eso de la ‘emancipación del ser humano’ y si eso presupone algún tipo de naturaleza humana que, por loable que sea, parece ser más difícil de captar que nunca.

Hemos hecho, entonces, el siguiente recorrido: la ciencia no puede ser un *hobby* sino que debe ser considerado un trabajo que, de formar parte del libre mercado, perdería su autonomía para regularse por su rentabilidad. La ciencia necesita entonces ser parte de *lo público*, de lo común, y por eso el Estado es un buen candidato para su regulación. Sin embargo, como he-

mos dicho, el Estado no es un lugar neutro —ini mucho menos!— sino que es un complejo paisaje en el que distintas fuerzas antidemocráticas luchan por seducir y manejar al gobierno tembloroso (o no, las más de las veces es un gobierno conforme a estas fuerzas) emanado de la lejana voluntad popular. Si seguimos la lúcida intuición de Roger Garaudy (1973, 46) de que la radicalización de la democracia o el objetivo de todo movimiento social debe ser la eliminación del dualismo dirigentes/dirigidos, entonces podemos decir que una ciencia verdaderamente democrática debe ser una ciencia *autogestionada* de forma directa por los propios científicos.

Deben ser los científicos de forma asamblearia los que tengan la *autonomía* para decidir los fines de su propia investigación, las líneas de pesquisa que financiar sin presiones exteriores de ninguna índole (empresariales, políticas o de cualquier otro tipo de intereses). Este planteamiento todavía presenta algunos problemas: a pesar de que consigue potenciar el carácter autotélico de las ciencias, no puede decirse que mantenga su finalidad social. La pregunta hecha por *Ludus* refería a «conocimientos relevantes para la sociedad». ¿Garantiza un grupo de científicos autónomos que su producción sea «relevante para la sociedad»? Seguramente sea relevante para esos mismos científicos, pero, ¿para la sociedad? No hay necesidad de ello. Además, de esta propuesta surge el problema del nacimiento de una nueva burocracia (los científicos) de una nueva élite-dirigentes frente al pueblo-dirigidos que participan en la ciencia de forma pasiva. Para romper definitivamente la dupla dirigentes/dirigidos que quería Garaudy, debemos evitar esto. Para eso, las asambleas deben ser abiertas a representantes de distintos colectivos porque *la science pour la science* puede quedar tan aislada que puede ser un absoluto desperdicio. Es necesario que el panadero plantee problemas sobre cómo conservar la harina en trayectos largos de forma eficiente, que el repartidor plantee la necesidad de una mascarilla que filtre el CO<sub>2</sub> que tanto respira, etc.

Es esta, en mi humilde opinión, la única forma de producir conocimientos relevantes para la sociedad de una forma verdaderamente democrática. Quizá con esta ciencia democratizada podamos responder a los retos que en el anterior foro, y de forma bastante lúcida, señaló Ignacio Ayestarán Úriz (2020) con motivo de la pandemia en la que andamos inmersos y que abarcaban campos tan diversos que van desde la filosofía de la medicina hasta la filosofía de la educación y pedagogía pasando por la filosofía de la información. Necesitamos más que nunca ese *conocimiento relevante* para enfrentar los problemas políticos y sanitarios que se no presentan pero no sin descuidar cómo se gestiona ese conocimiento. No hay conocimiento relevante sin participación democrática en el conocimiento.

BIBLIOGRAFÍA

- Ayestarán Úriz, I. (2021), "Ciencia y filosofía de la epidemia Covid-19", *Ludus Vitalis* 28 (54): 65-71.
- Žižek, S. (2020), *Pandemia. La Covid-19 estremece al mundo*. Madrid: Anagrama.
- Garaudy, R. (1973), *La alternativa*. Madrid: Cuadernos para el diálogo.